

Visiones y visitas para un nº 100

Incógnitos, pero queridos lectores y lectoras; Pablo, Diego y mis fieles áureos:

Cuando una revista llega al número 100 suceden tres acontecimientos. Primero, que hay un equipo de hacedores que está empeñado en mantenerla viva contra viento y marea; segundo, que hay suficientes lectores y suscriptores que han contratado una hipoteca cultural (sin el voluble EURIBOR) con ella y que, con toda seguridad, ha aparecido el número 99. No sé qué es mejor, pero en cualquier caso, parodiando al parodiador: el que esté libre de revista, que tire el primer número. En esta ocasión no voy a reseñar ninguna publicación: buena o mala, ni, mucho menos, hablar de algunas de esas personas que hacen libros: aunque las hay que los quieren y las hay que los maltratan; es una fecha señalada y un número señalado y, además, tiene más páginas. Llevo ahora exactamente 15 años colaborando con *Noticias*, desde un lejano número 10 de 1989, y sigo en ella porque me da la gana bibliográfica. Me obliga a leer todavía más de lo que leo, me alegra leer lo que otros leen para escribir y me entusiasma el empeño de muchos francoeditores en mantener viva la cultura impresa; de todo ello tiene bastante culpa el arribo bimensual de la revista. Pero además, y, especialmente, porque me apetece, en esta ocasión no he resistido la tentación de incluir un cuento de libros y librerías, uno de mis favoritos (sin duda), donde Don Diego, que se definía a sí mismo como “centauro mixto de pata galana y religioso, ya moral, ya desenfadado, ya místico y ya burlón”, dialoga con un Don Francisco, que no le iba a la zaga; no creo que ni el lenguaje ni el léxico sea barrera, sino acicate del buen castellano de una época que todavía suena a castellano literario. Quien ya lo conozca, que me perdone y rece dos jaculatorias por mi salud libresca, y quien no, que tampoco me perdone y rece cuatro.

Diego Torres de Villarroel, *Visiones y visitas de Torres con D. Francisco de Quevedo por la Corte. Trasladólas desde el sueño al papel* (Madrid, 1728)

Visión y visita cuarta. Las librerías y los libros nuevos. [Interlocutores: Don Diego de Torres Villarroel, Don Francisco de Quevedo, un Mercader de libros y un Cliente culinario. La acción: en Madrid, por la Calle Mayor. El autor declara que es un “sueño” y, por tanto, cualquier parecido con la realidad actual es pura coincidencia, aunque haberlas haílas.]

En esta conversación íbamos, dirigiéndonos camino del Consejo, cuando al pasar por junto a la puerta de una librería, tirándole la capa a don Francisco, le dije:

—No hay que dar por ahora un paso adelante. Paremos un poco, que aquí está una tienda de libros donde en breve rato verás la incultura y negligencia de las almas de esta infeliz edad.

—Parémonos en buena hora —me respondió—, y pusimosnos junto al umbral.

Era el mercader de libros garrafal de narices, frondoso de cejas, con cagalutas de lagañoso y prólogos de calvo; descalabraba los ojos a pedradas de su horrible figura, añadiéndole la cólera que tenía deformidades a su aspecto; en infusión de condenado el semblante, y el gesto de haber bebido espíritus de cómitres revueltos con quintaesencia de demonios; decía balas, hablaba chuzos y regoldaba bayonetas; cada resuello era un sartal de diablos, una ristra de maldiciones y una procesión de juramentos; en un instante le vimos jurar toda la letanía y la mitad del calendario.

Preguntome Quevedo:

—¿Qué tiene éste, que desmintiéndose hombre, está haciendo las informaciones de furia para ser morador sempiterno del abismo? ¿Así se le caen de las manos a la razón las riendas que tiene de moderar la bruta libertad de los afectos?

—Presto escucharás —le respondí— los motivos de su impaciencia, que semejantes truenos se oyen todos los días en la calle en que estamos.

A esta sazón prosiguió el mercader su tempestad, diciendo: